







—¿No, no; más tarde... cuando me des sin peligrar la luz de esta lámpara me clases la vista... ¡No sé qué sensación me agita...! ¡Ah! Prefiero una media obscuridad... —Y Cecilia se acercó a los chimeneas, apagó la lámpara, se escolgó de la pared una guirnalda que colgaba, y encendió el fuego, cuya luz brillante iluminó la habitación.

—Es aquí el cuadro que se presentaba a la vista de Jaime Ferrand, cuando al angosto postigo.

En medio de la zona luminosa formada postigo.

En medio de la zona luminosa formada por la trémula claridad del fuego, se veía a Cecilia recostada sobre un sofá de damasco carmesí, con una guitarra en la mano, de la cual seguía preludios armoniosos. El fuego de la chimenea

batía con sus rojos reflejos a la criolla, que aparecía iluminada en medio de la obscuridad del cuarto. Para completar la idea de este cuadro, que recuerde el lector el aspecto misterioso y casi fantástico de una habitación donde la llama de la chimenea lucha con las negras sombras que tiemblan en el cielo raso y las paredes.

El huracán cedebala sus rugidos y violencias. Cecilia, sin suspender sus preludios en la guitarra, fascinada con su mirada fija y magnética a Jaime que no apartaba la vista de ella.

—Ahora oírás, amo mío, la canción de mi país: no sabemos hacer versos y decimos un simple recitado sin rima, y en cada pausa improvisamos, bien o mal, una cantinela apropiada al asunto. Es cosa muy sencilla y pastoril, y estoy segura de que os agraderá, amo mío. Esta se llama "La mujer enamorada", y es la mujer quien habla.

Y Cecilia dio principio a una especie de recitado, mucho más acentuado por la expresión de la voz que por la modulación del canto. Algunos arpeggios dulces y trémulos servían de acompañamiento. He aquí la canción:

—¡Oh! vengan, vengan flores... ¡Mi amante va a llegar! La esperanza de mi dicha me embriaga.

Mitigüemos la luz del día: la voluptuosidad busca las sombras transparentes.

Mi amante perfumó el calor de mi aliento al perfume de las flores...

El esplendor del día no ofuscará sus ojos, porque mis labios los subtrairán.

¡Ven, ángel mío!... —¡Ven!... ¡Ven!... ¡Ven!...

Estas palabras, dichas con ardor tan impaciente como si en realidad las dirigiese la criolla a un amante invisible, las tradujo luego, por decirlo así, al tema de una dulce melodía: sus dedos encantadores sacaban de la guitarra vibraciones llenas de suave armonía. La fisonomía animada de Cecilia, sus ojos entrecerrados, húmedos y fijos sin cesar en los de Jaime Ferrand, expresaban la ardiente languidez de una languidez de una esperanza amorosa. Estas palabras llenas de amor, la dulzura melodiosa de la música, el mirar inflamado de la criolla, su hermosura impregnada de sensualidad ideal, el silencio de la noche, todo en fin, contribuía a extroviarse la razón de Jaime Ferrand. Así es que exclamó fuera de sí:

—¡Gracias, Cecilia!... ¡Gracias!... ¡Oh! ¡Es para perderte el juicio!... ¡Cállate, calla, que me haces morir!... ¡Ah! ¡Qué pudiera volverme loco!

Cecilia se arrojó hacia la puerta con la agilidad de una pautera, y como si no pudiese contener su fingida agitación, dijo a Jaime Ferrand en voz baja, sofocada y palpitante:

—Pues bien, lo confieso: me he inflamado al pronunciar las palabras ardientes de esa canción. No quería acercarme a esta puerta, y me he vuelto a acercarla, a pesar mío, porque me acordé de tus palabras de hace un momento: Si me dijeseš hierre... mataría. ¡Me amas de veras?

—¿Quieres eso? ¿Todo mi oro?

—No; te pago.

—¿Tienes algún enemigo? ¿Quieres que lo mate?

—No tengo enemigos.

—¿Quieres ser mi mujer? ¿Quieres que nos casemos?

—Soy casada.

—¡Dices mío! ¿Qué quieres entonces, qué quieres?

—Pruébame que tu pasión es ciega, furiosa, y que todo lo sacrificaré por ella.

—¡Todo, sí, todo! Pero ¿cómo?

—No sé, pero el fuego de tus ojos me deslumbra: hace un rato. Si entonces me hubieses dado una de esas pruebas de amor furibundo que excitan hasta el delirio la imaginación de una mujer, no sé de lo que sería capaz en tal caso. ¡Vámonos, apresúrate! Soy muy curioseoso, y mañana acaso se habrá borrado la impresión que acabas de producirme.

—Pero ¿qué prueba puedo darte en este momento? —exclamó el miserable cruzando los brazos.—¿Qué suplicio tan atroz! ¿Qué prueba, di, qué prueba!

—¡Eres tonto! —respondió Cecilia alejándose del postigo con aparente desprecio.—¡Ma he engañado! Te creía capaz de una pasión energética... Buenas noches... Lo siento.

—¡Cecilia! ¡Oh, no te vayas! ¡Ven!... Pero ¿qué he de base? Dímelo. ¡O, pierdo la razón! ¿Qué he de hacer? ¿Qué quieres que haga?

—Discurrir.

—¡Dios mío, Dios mío!

—Esa a Dios: vete a dejarme seducir, si lo hubieras querido. No volverás a encontrar tan buena ocasión.

—Pero al fin, ¡si yo supiera!... gritó el notorio enajenado.

—¡Adivina...

—¡Explica el ¡Mándame! ¡Dispon de mí!

—Si me dases con la pasión que dices, te sobrarían medios de persuadirme. Buenas noches.

—¡Cecilia!...

—Voy a cerrar el postigo... en lugar de abrir la puerta.

—¡Oh! ¡por piedad! ¡escucha!

—¡Casi por un momento que no podría resistir... El fuego se apagó... quedaría en la obscuridad, y sólo pensaría en tu sacrificio y en tu amor; y entonces el estrojo... Pero no... no lo has querido... ¡Oh! ¡Mal sabes lo que pierdes... Buenas noches:

—¡Cecilia! ¡escucha! ¡guarda ya adiós! —gritó Jaime Ferrand, después de un rato de silencio, con una expresión de gozo impositiva de pintar.

—A ver... veamos esa prueba de tu amor... —dijo la criolla, que, habiendo sacado a la chimenea para hacer el punal, volvió lentamente hacia el postigo, iluminada por el fuego de la chimenea, sin que le advirtiese el notario, que por bien una cadena de hierro que unía dos argollas clavadas en la puerta y en el marco.

—Escucha —dijo con voz roca y sofocada— ¡escucha... si ponga mi honor... mi vida... mi fortuna... en tus manos... ¿crearás que amo? ¿Te bastará esta prueba?

—¡Te honra... tu fortuna... tu vida!... No te entiendo.

—Si te confíe un secreto que puede hacerme subir al cadalso, ¿crearías?

—¿Tú... criminal?... ¡Qué!... ¿tu austeridad?

—¡Mentira!...

—¿Y tu probidad?

—¡Mentira!...

—¿Y tu piedad?

—¡Mentira!...

—¡Conque pases por un santo, te ahas de ser un demonio?... No puede haber hombre tan hábilmente astuto, tan fríamente estratégico y tan felizmente casado que adquiera hasta ese grado la confianza y el respeto de los demás.